

ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

---

EL CARDENAL  
Jiménez de Cisneros

CONFERENCIA LEÍDA EN EL COLEGIO DEL SALVADOR  
el 11 de Noviembre de 1917.



BUENOS AIRES

---



---

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:\*

SEÑORAS:

SEÑORES:

Una cierta noche de 1492 fray Francisco se volvía del Castañar a Toledo, y un hermano iba con él, y el frío arreciante les hacía sufrir cruelmente. Fray Francisco se había adelantado un poco, y su compañero veía crecer su demacrada estatura dando a la estrechez del camino una impresión de grandeza. El modo de rezar de aquel fraile en el retiro de mortificación que dejaban, le había conmovido hasta las lágrimas; y su voz que en el coro sometía un vibrante acento de capitán al murmurio armonioso del canto llano; su frente elevadísima en que una perenne franqueza parecía triturarle las arrugas; su nariz aguileña de imperioso corte; sus labios espesos que sobrepasaban dos dientes caninos, amenazadores; el no haber visto nunca su semblante descompuesto por una carcajada, aunque su pensativa tristeza no ignorase la luz de una dulce sonrisa; y su continente, que sin querer excluía toda familiaridad aun-

\* Don Pablo Soler y Guardiola, Embajador de España.

que evitase toda soberbia, hacían que el hermano Pedro fuese como sombra humilde de aquella sombra, que a su vez era como el alma inmensa de la soledad nocturna. Bien sabía que sus superiores, sacándole de ayunos, maceraciones y plegarias le llamaban para consultarle delicados asuntos; y no pudiendo contenerse, se le aparejó y le dijo: «Soñé anoche que a Vuestra Reverencia lo proclamaban Arzobispo de Toledo.»

Fray Francisco, respondió simplemente: «Callad, hermano, y no os curéis de sueños.»

Se hizo un silencio: las sandalias repercutían desde las piedras del camino en el seco aire sonoro: los rosarios, golpeándoles los hábitos, ritmábanles el marchar como con una oración sin palabras. El hermano volvió a decir: «He oído que hace algunos años, ese Cristóbal Colón que salió de Palos, llegó con un hijo suyo a las puertas de la Rábida. Él era más desconocido que su propio niño; pero lo recibió el guardián Marchena, antiguo confesor de la Reina. He ahí el principio de su fortuna; y la llamo fortuna porque un día le he visto en Valladolid y creo firmemente que volverá de lejanos mundos cargado de riquezas... Vuestra Paternidad no es un desconocido: refieren en Toledo que desde joven podía dar lecciones de prudencia a los ancianos; y vamos en la noche a llamar a las puertas de San Juan, y quién sabe qué otro misterioso confesor de la Reina encontraremos en el convento»...

El monje se detuvo un instante y exclamó, severo: «No pienso, hermano mío, ni en la Rábida ni en Colón; pienso en Jericó y en sus montes. ¿Os acordáis del tentador que desde una cúspide señalaba a Nuestro Señor un reino? ¿No creéis que os agita el soplo del mal espíritu?»... Mas, reprimiéndose prontamente, dolido de causar pena a su humilde compañero, prosiguió en suave tono: «Yo he vivido en medio del esplendor de Roma, y contemplando a los grandes, nunca dejé de decirme que *hasta el sol mismo observa puntualmente su ocaso*. Y al que era centro de todo, pues ligaba su ciudad al cielo, a Paulo II, le vi arrebatado del solio pontificio, con la boca cubierta de espumas, y ya mudo para esta tierra. Dos años después, al despedirme de la Corte, fuí a rezar sobre su sepulcro. El Dálmata, estudiando la vida en los cadáveres, le había erigido una Eva, hermosa como una Venus. Así, la belleza, engendrada por la muerte hacía olvidar al enterrado. Y aunque en el mismo monumento hubiese un Juicio Final de Mino da Fiosele, pensé que ni eso deseaba yo en mi tumba... Un montículo sin nombre y una cruz de madera; he ahí lo suficiente para pedir al cristiano que pase, una oración que perdure. Y me dije, que si a pesar de todo es cierto que las obras plásticas hermosean el pensamiento de Dios, yo debía entregarme a la invisible oración que se levanta a Nuestro Señor en el silencio de la penitencia. Volví a España. La bula que traía del Papa me fué desestimada: el Arzo-

bispo Carrillo en vez del Arciprestazgo de Uceda, me dió la cárcel de Santorcaz. En realidad, merecía mis bendiciones: allí, durante seis años, me dediqué exclusivamente al estudio de las ciencias y las letras divinas, completando mi Derecho Civil y Canónico de Salamanca. ¡Ah! cuán lejos estaba de aquellos otros días de estudio entre los magníficos *spallieri* de la Biblioteca Vaticana; mas ahora aprendía también el temor de Dios en medio de la pobreza, de la esclavitud y de la angustia, renaciendo a la verdadera vida desde que cobraba amor al principio de caridad que enardece la pesadumbre. Cuando salí, se ejecutó mi bula en Sigüenza. El gran Cardenal de España, el alto y poderoso señor González de Mendoza, me rindió noblemente otro servicio. Su inmerecida benevolencia me confió un día el gobierno de la ciudad: con todo lo que pude de eficacia y de justicia, respondí a su confianza y sentí el horror de las elevaciones; mi experiencia se resumió en el grito de un monje del siglo XIII: *quien sale de su celda vuelve llorando*. Decidí buscar la mía y nunca más dejarla; me regalé a mí mismo al entregar mis beneficios a mis deudos; cambié mi nombre de Gonzalo por el de Francisco, y tomé el hábito de quien abriera por la segunda vez en el mundo la fuente viva de Samaria... Nuestra regla nos lo dice, hermano mío, debemos ser alegres en el Señor, *gaudentes in Domino*; y el goce perfecto de esa alegría no está en encontrar en San Juan de Toledo una carta

como la del guardián Marchena que nos prepare la fortuna, sino en no ser reconocidos por el portero y en continuar al frío, maltrechos, injuriados, golpeados, y si aceptamos las injurias y los golpes en nombre del Cristo, entonces, mi hermano Pedro, conoceremos el gozo perfecto. »

— ¡Sí! — dijo el hermano Pedro, con dulce filosofía —; pero el hermano León no era San Francisco de Asís; como yo no soy Su Reverencia, y no pudiendo, mi amado Padre, *enorgullecerme de nada, sino de la Cruz del Señor*, me reservo para mí el final de la parábola.

— Yo me enorgullecería — respondió fray Francisco — de ser semejante en todo a mi hermano Pedro.

Veinte años después de la plática de aquella noche, ante el notario apostólico y los testigos de ley, se sellaba en Alcalá de Henares este documento:

« Testamento del venerable siervo de Dios y Cardenal don Fray Francisco Jiménez de Cisneros, confesor de los Reyes Católicos, Arzobispo de Toledo, Canciller mayor de Castilla, Inquisidor general, Capitán general del África y Gobernador de los Reinos de España, fundador del Colegio Mayor de San Ildefonso y Universidad de la ciudad de Alcalá de Henares. En el nombre de Dios, amén ». Sigue al rótulo una copiosa serie de codicilos instituyendo fundaciones, ayudando hospitales, previendo las hambres públicas, ocupándose de los pobres y dejando

el resto de los bienes a Universidades y Colegios. No firma como testigo tan completa efusión de caridad el hermano Pedro; pero leyéndola, se hubiese dicho que el hombre de su sueño había tenido la fortuna de un príncipe sin dejar de ser un franciscano. Y quien estudia esta vida desde su último viaje del Castañar hasta su muerte, a través de sus congojas y sus grandezas, asiste, por decirlo así, a la perenne crucifixión de un alma.

Con el *Tedéum* en Granada, el 6 de enero, y el descubrimiento de América el 12 de octubre, la España había llegado en 1492 al pináculo de su gloria. El carácter político de don Fernando el Católico, sagaz, disimulado, taciturno; comprendiendo las cosas y evitando las palabras; haciendo lo que convenía como rey y como soldado sin conocer el temor ni los escrúpulos, se aliaba admirablemente a la generosa índole entusiasta de doña Isabel, temida y adorada a un tiempo, propulsora de las letras, de los grandes artistas, de los grandes religiosos y de los grandes Capitanes. Hoy un Gonzalo de Córdoba, mañana un Cristóbal Colón, luego un Duque de Nájera, extendían los dominios españoles; mientras en Salamanca, un Pedro Mártir explicaba los poetas clásicos a cientos de estudiantes; mientras los Marineo Siculo, los Antonio Lebrija, los Arias Barbosa, los dos Geraldinos, ayudados por la imprenta, desarrollada rápidamente a causa de la exención de impuestos, contribuían con otros sabios a convertir la dura tierra del

Cid en una armoniosa academia. Los doctos prelados, como Fonseca; los historiadores, como Fernando del Pulgar; los grandes maestros, como don Juan de Zúñiga trabajaban o protegían los estudios desde las Tablas astronómicas de Córdoba hasta los vocabularios de Santaella. Juan de la Encina y Gil Vicente levantando sus torres echaban a vuelo las campanas, sobre los cimientos del teatro castizo: la tragicomedia de Rojas mostraba ya en su lengua la riqueza y el movimiento de Cervantes. Doña Isabel educaba a sus hijos de modo que Vives se sorprendía de oír las improvisaciones en latín de la Princesa Juana; y Catalina, la mujer de Enrique VIII, admiraba con su saber a la Corte de Inglaterra. Por la primera vez se establecía como principio absoluto, que era antiaristocrática la aversión a las letras, y que un Alfonso el Sabio, un don Juan II, un Infante don Juan Manuel o un Marqués de Santillana debían de convertirse en el antiguo espejo de los nuevos nobles. La Reina instituyó una escuela palatina que acompañaba a la Corte; la pluma se unió en íntimas nupcias con la espada; hijos de los Duques de Alba, hijos de los Condes de Haro daban lecciones públicas, y las más grandes señoras ocuparon cátedras universitarias. Erasmo, el árbitro en Europa de la educación y de la ciencia declaró que los españoles en pocos años habían adquirido tan alta cultura, que podían servir de modelo a los pueblos más civilizados. Y así iba la nave de los Reyes Católicos, navegando en todo su

esplendor, hasta con nuevos mundos bajo nuevos astros. Fué en ese entonces, que Hernando de Talavera, confesor de la Reina, ocupó la sede de Granada. Doña Isabel necesitaba en su reemplazo, de un clérigo de virtudes, de un hombre de ciencia, de un consejero de autoridad, y Mendoza se acordó de su antiguo Arcipreste. Le trajeron a la Corte, engañado, lo redujeron a someterse por una estratagema, no le dejaron partir a las misiones de África, y en realidad la veneración que cobró a su soberana fué el hilo piadoso que amordazó sus escrúpulos. Cuando el Cardenal Mendoza murió en 1495, la Reina, que a su vez sentía duplicada en aquel varón la seguridad de su fuerza, lo propuso para Arzobispo de Toledo. Leyó fray Francisco la bula de Alejandro VI, miró sorprendido su nombre y se enfadó como si se tratase de una farsa. Mas al comprender la verdad, que era sin duda Primado de las Españas y señor de castillos, villas y lugares, escapó como con miedo. El fraile del convento de Ocaña, que le cocía unas hierbas, pues se estaba en Viernes Santo, lo vió llegar y murmurar presuroso: « Vamos, hermano, que es bien salir de aquí, antes con antes » ... Las súplicas de todos los emisarios se estrellaron en sus negativas: la Reina escribió al Pontífice y un breve de Alejandro VI le ordenó aceptar por obediencia. El Arzobispo decide entonces conservar su hábito de monje: poner fuera de su palacio los pajes, los cocineros, la servidumbre, y convertirlo con franciscanos de la Observancia en un convento.

Un nuevo breve de Roma le llega, comedido, pero claro: la Iglesia, se le dice, a semejanza de la Celestial Jerusalén, hállase hermoñeada con diversos ornatos que corresponden a sus distintas jerarquías, y en esta materia se puede errar o por prendarse de tales honores o por huír de ellos demasiado. En una palabra, se le recordaba que todo estado tiene sus usos y que si hacía bien en no imponerse con el mucho fausto, soberbio, hacía mal en parecer con la excesiva humillación, despreciable... Cisneros comprendió que detrás de la advertencia del Pontífice, estaba la protesta de Toledo; y mandó poner holandas en un lecho, para mirarlas desde su áspero zarzo; y cubrióse también de armiños, como de las piedras preciosas, cantadas en la Jerusalén del Apocalipsis, mas guardando bajo la pompa de la túnica el hábito de su Orden, bajo el hábito los cilicios de la penitencia, y bajo los cilicios el corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Éste era el manantial perpetuo de su caridad y fué un hombre del Evangelio: su mente se dilataba con el estro magnífico de David y fué un hombre de los Salmos. Así le véremos siempre en el gobierno de Toledo que no sólo se refería a las cosas eclesiásticas, sino que poseía funciones políticas. En su amor a los pobres buscó el bienestar de los humildes, acercándolos al soberano; en su amor a la España y a su Iglesia, mostró a los reyes y a sus fieles los preceptos de la ley y los caminos de la verdad. Cuatro puntos cardinales tuvo en sus ho-

ras de milicia: hacer del trono el cimiento invencible del Estado; no destruir la fuerza de la nobleza, pero sí encauzarla en un orden fecundo; propagar la Fe Católica; y fundando Universidades y Colegios gratuitos, poner la educación al alcance de los pobres. Y tras de veintidós años de lucha y de mantener el timón en angustiosos días, pudo el hombre del Evangelio exclamar, con el Apóstol: «Señor, he peleado la buena batalla»; y el hombre de los Salmos decir a la nación: «Los hijos de tus siervos habitarán tranquilos en Jerusalén, y su descendencia quedará arraigada por los siglos de los siglos.»

Martirizado perpetuamente por dolores atroces a la cabeza, empezó su gobierno a los sesenta años, y prosiguió la vasta obra con soberanas energías; pues su carácter, creciéndose en los trabajos, y su inteligencia acendrándose en los achaques, le dieron una invencible juventud: como el águila centenaria de los libros santos, parecía vigorizar sus alas renovando sus plumas. Pensó en su resolución de ocultarse; en que decidido a permanecer en Uceda con su madre, el pleito de Carrillo resultaba providencial. Por él conoció sin buscarlo, a Mendoza; y la conquista de Granada y el Obispado de Talavera, se concertaron para instituirlo confesor de la Reina. Pensó en su plática con Pedro Sánchez, y se dijo que un oculto designio de Dios no había querido dejarle morir obscuro en Torrelaguna u olvidado en un convento. Como San Pablo recibió el rayo en los ojos, él ha-

bía recibido de golpe aquellas mercedes. Y hombre de acción como el Apóstol, al sentirse un predestinado, preguntó también: «¿Señor, que quieres que haga?». Los acontecimientos le dieron la respuesta; entre el Rey y la Reina, los capitanes y los nobles, los moros y los judíos; entre temperamentos opuestos, ambiciones distintas, intrigas infatigables, rebeliones sangrientas, tenía que convertirse en el reloj de ritmos justos y serenos que oculta el engranaje señalando las horas.

Zurita concreta en un cargo los ecos de muchos de sus contemporáneos, al referirse a esas acciones, cuando proclama que era su corazón más de rey que de fraile. Decir no es convencer, ni los resentimientos son pruebas, ni la injusticia que los traduce debe transformarse en sentencia. Un artista, a fuerza de talento puede escribir un libro clásico que repugne a su naturaleza romántica; y así pasa con otros trabajos. Cisneros conservó siempre su corazón de fraile, pero le obligaron a gobernar, y su espíritu superior, como todos los espíritus superiores, al choque de la realidad transformó facultades suyas antes desdeñadas en un haz completo de fuerzas potentes. Sus súbditos se quejaron, sin duda, al sentir su garra: la posteridad sólo admira los resultados. Nunca dejó de ser fraile. Hipólito Taine, al estudiar modernamente las congregaciones, en que mujeres salidas de las existencias más refinadas soportan sin desfallecer los más repugnantes contactos, ha comprendido que

esa fuerza se engendra en la Eucaristía. El secreto de Cisneros reside también en su vida religiosa; la sintió contrariada, pero no la abandonó, y cultivándola con amor, ella le devolvió en entereza lo que el mundo le quitaba en bienaventuranza. Aun en las épocas de mayores cuidados, oraba dos horas; y nadie tenía el derecho de interrumpirle. Decía la Misa sobre una piedra del Santo Sepulcro, que llevaba consigo: la Hostia consagrada sobre la piedra simbólica, el cuerpo de nieve sobre la tumba de hielo, lo convertían en un *ministro activo de fuego abrasador*. Al llegar a toda ciudad, iba primero a la iglesia en que se exponía la Sagrada Forma y de seguida a los hospitales. Se le veía a menudo en los Oficios derramar lágrimas. En la Semana Santa, ayunando hasta extenuarse, se encerraba viviendo la Pasión y soñaba su eterno sueño: la conquista de Jerusalén. Usaba un Crucifijo prendido en el brazo; le servía para su correspondencia el sello de las llagas de San Francisco. Como en el caso de Jerónimo, ayudaba a las almas piadosas, hasta contra los magnates: una de sus cofradías, fundada con objeto de socorrer a los menesterosos llegó a distribuir en una sola hambre cientos de fanegas de trigo y 20.000 escudos. Restableció en las iglesias el canto gregoriano, como correspondía a su naturaleza mística. También restableció el oficio muzá-rabe: aquella liturgia, eminentemente nacional, ahondaba en el corazón de España ligando el movimiento de la vida a las raíces de la nación, y el ardor de

las oraciones a la savia heredada que hace más substancial la riqueza del espíritu. Aunque recibiese a los embajadores en un festín comía lo mandado por la regla de su Orden, así como bajo la seda del Arzobispo llevaba el hábito del monje. En sus continuos viajes se hospedaba en los conventos, yendo a los refectorios como un simple hermano. En sus últimos días recibió un breve de León X mandándole que comiese carne, durmiese en cama y no en el suelo, y se vistiese de blando lino y no de buriel áspero. Amenguó en signo de obediencia, sus ayunos; pero en el capítulo del sayal respondió: «Los seculares se lo ponen para morir, y yo que lo he llevado siempre ¿había de quitármele ahora?»... No en meros detalles sino en los más graves asuntos, guardó siempre su celosa independencia. El Arcediano de Toledo, basándose en una autorización de la Santa Sede y en su vejez, le había elegido un coadjutor. Cisneros luchó con el Rey y con el Pontífice, obligándoles a respetar la tradición de Toledo, o sea la de no aceptar estas gracias de Roma. Se alzó también contra el soberano en los malos nombramientos, como, por ejemplo, en el de Arzobispo de Santiago, recaído en la persona de don Alfonso de Fonseca. Criticó a los mismos Papas en la promoción de cardenales; la más lapidaria y certera de sus pastorales se refiere a la importancia de las virtudes en los clérigos. Parecía tener en cuenta, entonces, la sentencia que tanto cita Bloy en nuestros tiempos: «El clero santo

hace al pueblo virtuoso; el clero virtuoso hace al pueblo honesto; el clero honesto hace al pueblo impío». Cuando recibió la bula de León X sobre las indulgencias y la construcción del San Pedro, le mostró los males que la idea traería, en nombre de la pureza de las costumbres. ¡Cuánta penetración eclesiástica en este hombre que estaba a cien mil leguas de Lutero! El Pontífice, sin embargo, no lo amonesta nunca y lo respeta siempre; se le consultan desde Roma, los proyectos del Concilio Lateranense, que después de sancionados él pone severamente en vigor. No mira en todo sino la fe: rehusa 800.000 ducados de los judíos conversos, que quieren libertarse de la vigilancia de la Inquisición, pues no ignora que son un terrible fermento de desorden y anarquía. En su lucha con los conventos, persiguiendo el escándalo, se lleva por delante a los grandes señores que ayudan el vicio para obtener aliados, al Arzobispo de Catania, Nuncio de Roma, al General de su orden y a los religiosos: sólo lo apoya la Reina Isabel, que vive moralizando las casas de monjas; y, al fin, con la ayuda de Alejandro VI logra imponerse y dominar los tumultos.

Sus constituciones eclesiásticas las copian los demás Obispos; el Concilio de Trento, más tarde, las aprueba y las aplaude. Desde su encumbrada posición simboliza sin cesar el ejemplo de la observancia: el Arzobispo de Toledo se llama simplemente fray Francisco para acudir al Capítulo, confesar en alta voz

sus culpas y cumplir la penitencia. No olvida tampoco que la pobreza es su esposa y los pobres sus hermanos. No oculta ni un maravedí de sus rentas: parece un ismán árabe de fábula cristiana: en medio de sus riquezas, sus manos sienten correr el oro sin guardar otro reflejo que el gris mendicante de su hábito. Levanta con ellas templos y hospitales, casas de educandas como las de Santa Isabel, que servirán de modelo a Madame de Maintenón; rescata cautivos en poder de los mahometanos y protege a los peregrinos de Tierra Santa; da de comer cotidianamente a treinta pobres que él mismo sirve. Tiene en Toledo, en Alcalá, en Torrelaguna, alhóndigas donde se guarda el trigo de las cosechas opimas; así, en las épocas de escasez se reparten fanegas entre los necesitados. Salen de su casa todos los años un teólogo y un jurisconsulto, que abandonan sus estudios para ocuparse de las dotes de las novias huérfanas. La mitad de las rentas del Arzobispado se usan en los pobres vergonzantes, en los mendigos confesos y en las calamidades públicas: las cuida y las maneja una institución especial de limosneros. Su caridad, íntegra como un diamante, abusa a ratos de su persona. ¿Qué va haciendo el Primado de las Españas a pie por las agrias rutas? Uno de sus servidores ha caído enfermo, y pasándole su litera, sin cuidarse de su edad, se fatiga con los otros mozos. ¿Por qué se querella hasta con el mismo apóstol Bartolomé de las Casas? Porque si él le ha ayudado a proteger a los indios, maltrechos

en el trabajo de las minas y en los ingenios de azúcar, y ha enviado al jurisconsulto Suazo y a los Padres jerónimos con las instrucciones más piadosas, se opone a las encomiendas de los negros. Cree que no es cristiano renunciar a una esclavitud, substituyéndola, y en seguida, y esto honra su mirada de hombre de gobierno, piensa que introducir esa raza significa promover guerras futuras. Y, con todo, nunca está contento; siempre le parece que hace poco. Jerónimo de Vianello le ofrece en venta un diamante de 5.000 escudos. El italiano conoce el Norte de África, le ayuda en el estudio de su campaña de Orán, el Cardenal le debe eficaces noticias, pero el franciscano contesta: « ¡Oh, Vianello! por todos los diamantes del mundo, no os daría la suma. ¿No veis que con ella puedo socorrer a 5.000 pobres? » Y este hombre, que duerme apenas cuatro horas, reposándose como en una única distracción en los cambios de su trabajo, no se ríe, ni tiene más tertulia que la de cuatro teólogos que invita a discutir mientras come; a los que jalean a un enano que le han regalado, los oye ignorando su lengua, resaca del espíritu que sólo comprende en el semblante inferior de los bufones; no busca sino la alegría de los deberes cumplidos, es decir, la de los varones rectos, y tocando todas las humanas turpitudes vive con inocencia de corazón en medio de su espiritual familia. No ha conocido ni conocerá nunca el halago, la fuerza, el apoyo de una amable sociedad: por una vez que en Torrijos se

hospeda en un palacio en lugar de un convento, al encontrarse con doña Teresa Enríquez y comprender que le han mentido, grita a la señora: «Si tenéis que hablarme, me hablaréis mañana en el confesionario». Cuando murió doña Marina, su madre, se inclinó ante su cadáver, vertiendo las antiguas lágrimas que le había economizado de niño: cuando murió doña Isabel, su reina, exclamó sobre la carta de don Fernando: «No verá jamás el mundo una reina de tal grandeza de alma, de tal pureza de corazón, de piedad tan ferviente, de equidad tan escrupulosa». Y al despedirse de esos dos seres, enterró las dos únicas voces de mujer a que sonrió en su vida. Mas todas las iglesias que edificara las consagró a la Virgen: ella era la única que podía aún hablarle desde su escabel de luna con su corona de estrellas. ¡Sí! Zurita ha cometido una gran injusticia: debió decir que este soberano tenía un alma de fraile, y hubiese dicho la verdad: nadie más que él siguió lo que Isaías proclamaba, para que los salvadores de pueblos adquirieran fuerzas: «Echar raíces hacia abajo y dar frutos hacia arriba.»

Y sus fuerzas fueron tales, que conociendo de antemano los peligros, parecía acrecerlos para darse el gusto de conjurarlos. Había sido nombrado Arzobispo de Toledo contra la voluntad del Rey, que anhelaba adelantar a su hijo el Obispo de Zaragoza; y cuando se le propone que le entregue la mitad de las rentas, sin temer el aumento de la inquina, responde

que no dará un maravedí de lo vinculado a los menesterosos. Debe su promoción a la Reina, y cuando ésta le recomienda a Hurtado que pretende la diócesis de Cazorla, no le nombra; en realidad, el candidato era bueno, mas doña Isabel, avergonzada, no vuelve nunca a querer influenciarlo. Así desde el principio muestra una indomable altivez y no obra sino según su voluntad, remitiéndose a su conciencia, que resulta un infalible tribunal de justicia. A nadie tenía más afecto entre los hombres esclarecidos, que al Gran Capitán, y cuando Gonzalo le pide que se interponga entre el Marqués de Priego y el Rey, en vez de ayudar al rebelde, requiere mayor castigo. Ni su familia cuenta con su apoyo. Manda reabrir un pleito en que Bernardino, su hermano, ha arrancado a los jueces una sentencia por temor; su hermano intenta matarlo y exclama: «Alabemos a Dios, que harto más vale haber corrido tan gran peligro que haber tolerado una injusticia». Cuando Villarroel, su deudo, ordena la supresión de un enemigo, lo abandona al tribunal y socorre a la viuda y a los hijos del asesinado.

Sabe que entre los nobles tiene a sus principales adversarios; sabe que tocar a las Órdenes militares equivaldrá a convertir su malquerencia en odio, y, sin embargo, les hace devolver las propiedades mal habidas, les obliga a respetar la ley, a contribuir a las luchas contra los infieles, y destituye a los administradores indignos. Sabe cuántos altos funcio-

narios explotan el impuesto del décimo y que son los pobres las víctimas de esas reyertas sobre el valor de las ventas y las permutas: él resuelve determinar la suma exacta de lo necesitado en la guerra, origen del impuesto, la distribuye entre villas y ciudades según la prosperidad de su comercio y acaba con los lucros de los recaudadores. Sabe lo que significa en lo laico como en lo eclesiástico el papel sellado y las ganancias en las cuestiones embrolladas, pues modifica los tribunales, simplifica los trámites y ayuda a los apremiados, con mengua de los leguleyos. Gran hombre, al fin, halla en la amargura de la impopularidad el acicate de su fuerza: no en blando lecho sino en ruda palestra, músculos como los suyos olvidan las flores identificándose con las encinas. Se le dirigen sátiras y libelos, y no averigua su origen: « Cuando en una alta dignidad — exclama — no tenemos nada que reprocharnos, se abandona a los inferiores el triste consuelo de vengar sus penas con palabras ». Comprende que la justicia ha de mejorarse con la cultura de los espíritus, pero que la realidad de las cosas la somete a engranajes que también pueden mejorarse: así se le ocurre algo muy simple, que no se hacía hasta entonces y que evitará mil pleitos: el establecimiento de las partidas bautismales, como en más alta esfera fundará después el Archivo de Simancas. No ignora que en cuanto al espíritu no basta con lo innato, que se necesita de una atmósfera: la educación, y de un cultivo: la

instrucción; y en sus colegios fundirá ambas nociones, haciendo que del conjunto de las labores nazca un anhelo de verdad que engendre un amor de justicia. Es menester que las enseñanzas se infiltren en las diversas clases sociales; y aumentando así con sus ideas lo estudiado en la constitución de la Universidad de París, alza, «en la ribera del famoso Henares», que hubiese dicho Cervantes, un colmenar de establecimientos nuevos. El Colegio de San Jerónimo, colegio de las lenguas griegas, hebrea y latina, sirve de centro a los otros colegios en que hay cátedras de todas las ciencias. Los claustros universitarios ofrecen a los profesores canonjías que les aseguran dignamente su vida; las casas de San Eugenio y San Isidoro reciben a los estudiantes que no pueden costearse sus estudios; se establece el Hospital universitario de San Justo; y los sacerdotes de la iglesia del Pastor, encargados de los Oficios divinos, son también los limosneros que distribuyen a los pobres de la ciudad el resto de las comidas de aquellas instituciones. Cisneros, multiplicándose, activo, infatigable, no sólo contrata a profesores de París y de Italia y atrae a los maestros insignes de su nación, no sólo combina los planes de estudio y reglamenta el claustro sobre la base de treinta y tres miembros que simbolizan los años de Cristo, no sólo se ocupa de mil detalles desde la forma de las controversias públicas hasta las túnicas de los consejeros y las mazas de los acólitos, sino que él mismo,

después de conversar un instante en el ventano de Lebrija, su sabio amigo, se mezcla a los albañiles del arquitecto Gumiel y maneja briosamente la cuchara. Así, bajo su hálito de fuego, se levanta ligera la Universidad, como por un milagro; así, el humilde franciscano aparece como los grandes Pontífices del Renacimiento, pues al propio tiempo se reconstruyen por su orden los caminos de su diócesis y se levantan iglesias, oratorios, hospitales, y Panvinio hubiese podido decir de él, como en presencia de Julio II: *magnarum molium avidus*. Otra noble avidez ocupaba su espíritu. Desde que aconsejó a López de Medina la fundación de la Universidad de Sigüenza y estudió allí la lengua hebrea, le obsedía el proyecto de una Biblia poliglota. Llamó a los más fuertes eruditos de su época, en torno del célebre judío converso Alfonso de Zamora; hizo venir los Códices de España, y el Vaticano contribuyó con los suyos. Se pagaron enormes sumas por los manuscritos de distintos países; se estableció una fábrica para fundir los caracteres orientales; y bajo el plan de Cisneros y con la introducción de su mano, se imprimió la *Biblia Complutense* con los textos revisados en hebreo, caldeo, latín y griego. Cuando vió el Arzobispo terminada la obra, declaró que aquel día era el más feliz de su vida; y no parándose ahí, pensó en lo que el Estagirita había sido en la Edad Media y ordenó el trabajo de una edición completa de Aristóteles. No deteniéndose tampoco en esas ele-

vadas esferas de la Teología, la Filosofía y la Historia, como llevado por sus amenos estudios a través de las *Geórgicas*, tendió los ojos a la belleza de los campos.

Ya podía contemplarla desde la comodidad de sus caminos; mas no satisfecho de la visión, le encargó a Ferrara, el primer agrónomo de la época, que escribiese manuales de agricultura. Éstos, repartiéndose en los valles y en los llanos, en las villas y en las aldeas, debían enseñarse a los niños al propio tiempo que el Catecismo. Comprendía el franciscano, que si el sol se antoja más fecundo por su placer de refrescarse en el agua de los riegos, la tierra, que es sagrada porque guarda a los abuelos en la muerte, adquiere una personalidad moral en la vida, cuando las estaciones en sus cambios se hermocean en las cosas que el hombre les crea y ellas acarician. Comprendía que bajo la mirada de Dios, el aliento patriarcal mezcla el amor al trabajo y hace una religión de los cultivos; no ignoraba con qué ardimiento se vierte sangre para defender la tierra cuando con inteligencia se ha vertido sudor para fecundarla; sabía, pues, que su idea visible ocultaba un pensamiento nacional; y mandó que se celebrase con gran pompa la fiesta de San José, día de oír Misa, pero de trabajar, en honor del humilde taller en que Cristo por la primera vez jugara con los maderos de la apoteosis de la Cruz... Cuando Cisneros, en una grande hambre, socorrió a los pobres con las reservas de su cosecha,

la ciudad de Alcalá se lo agradeció en los muros de San Ildefonso con esta clásica inscripción:

*Æltere seu largus, seu parvus decidad imber,  
Largus est Compluti tempus in omne Ceres.*

Es posible que el franciscano hubiese preferido una estrofa del Cántico fraternal de las Criaturas; como es posible que los motines de la calle, las intrigas de la Corte y los ajetreos del batallar, nos estén llamando lejos de esta atmósfera de égloga tranquila. En sus arduas luchas, se sirvió Cisneros de varios principios queridos de su espíritu y comprobados por la experiencia. «Nadie puede quejarse — pensaba — de un servidor, pues es él quien se ha equivocado al elegirlo». Sin duda; pero para convertir la máxima en lema se necesita de su mirada en el conocimiento de las personas, o sea, lo que podríamos llamar el sexto sentido de los hombres de Estado. Quizá su larga práctica del confesonario, cuando Toledo acudía a su tribunal, le había afinado, perdónesenos la frase pedante, la visión psicológica. Don Carlos le manda de Flandes a La Chaux y al Deán de Lovaina, con objeto de que lo vigilen en su regencia; a él le basta un día de observarlos a su vez, y sabe qué dos clases de conducta debe de seguir con ellos. Los médicos buscan en vano el tratamiento calmante de la Reina loca; él, en una hora de visita en Tordesillas, comprende que el recuerdo de la madre no ha muerto

en la princesa, y da las instrucciones que hacen de su mortal angustia una llevadera melancolía.

Nunca tampoco, elige al pretendiente que se propone: dice que pedir es falta de modestia y que no se nombra por un defecto. El agraciado es a menudo el primer sorprendido, hasta que todos comprenden que estaba en lo cierto. Promete siempre casi nada; así, si no da, no disipa una gran esperanza, y si cumple produce un gran gozo. Cuando espera una noticia aguarda la peor, lo que prolonga su sangre fría: discutiendo un caso teológico recibe el parte de la terrible derrota de Vera; lo pliega con calma, después de leerlo, y toma el hilo de su tesis.

No oye nunca a los aduladores, lo que le permite en absoluto ser un varón de fortaleza. No se vanagloria jamás de una acción, lo que le ayuda a renovarse sin tregua; pues sin memoria para lo pasado que le honra, ve como un horizonte lo nuevo que le llama, marchando y olvidando lo que a sus espaldas ha creado. No malgasta un sólo instante; escucha las consultas y las peticiones con un libro en la mano; responde con gravedad cortesana: si la conversación pierde el interés prosigue su lectura, y he ahí su despedida. Se muestra dúctil cuando es necesario: la Reina Isabel, exasperada en Zaragoza, desea el rompimiento con Fonseca; él se interpone, y hábil y conciliador, consigue que juren a la Infanta. Pero aunque dúctil como el Rey don Fernando, que más fuerte que Maquiavelo hacía lo que Maquiavelo escribía bien

sin realizarlo fuera de sus libros, no comprende el embuste: toma el camino recto, la curva no existe en la geometría de su carácter. Hay que circundar un monte que impide ver un punto, pues sin pestañear derriba el monte; las minas inventadas por su enemigo, el capitán Navarro, parecen el lenguaje natural de su diplomacia. Cuando los nobles le preguntan quién le ha dado los poderes de Regente, responde la verdad: que el testamento del Rey Católico; cuando los nobles arguyen que ese Rey de Aragón fué sólo gobernador en Castilla y no tenía tal derecho, él les lleva a una ventana y les muestra sus cañones: «Esos son los poderes que el Rey me ha dado, hasta que el Príncipe, nuestro señor, venga de Flandes en persona». Al padre de este Príncipe le enseña como una de sus primeras máximas, que en el gobierno ciertas cosas se deben hacer y no decir: quizá para mostrárselo rompe los decretos de Beltrán, en que ha sido sorprendida la buena fe real por el favorito don Juan Manuel; y solamente cuando el sello ha desaparecido, agrega perentorio: «Eso es contra los pactos». Aconseja también, que al noble rebelde que se humilla no hay que castigarlo, pues la altivez herida resulta forma de muerte; y él en tales casos echa al olvido la injuria, como perdona las ofensas. Nadie le insultó más que el Duque de Alba, por intermedio de un clérigo. De rodillas a sus pies temblaba el mensajero, repitiendo las palabras. Cisneros lo levantó dulcemente: «Id, amigo, y volved a vues-

tro amo que ya lo hallaréis con vergüenza de la comisión que os ha dado». Y ahora es quizás el momento de preguntarse: ¿Cómo este varón de fuerza, pero de mansedumbre, protector de los indios y de los negros, pudo reprimir tan severamente a los moriscos de Granada? Señores: cuando en semejantes casos se aplica a los españoles el nombre de conquistadores, se comete un error: los moros eran los conquistadores, los usurpadores, los perseguidores; los españoles no hacían sino recuperar su antigua patria. Esos extranjeros habían transformado a Granada en el mejor de sus reinos: le tenían amor, lo saludaban como a una musa gentil de su poesía sensual, y aunque lo hubiesen cedido soñaban con reconquistarlo. Y no sólo el prestigio de las encantadoras vegas bajo las nieves de la sierra blanca los enardecía, sino el ansia de volver el país a la fe de su Mahoma. La guerra posterior de las Alpujarras y la sublevación que aun en tiempo de Felipe II glorificó el nombre de don Juan de Austria, prueban que se seguía considerando más que como un proverbio el dicho del Profeta: «A la sombra de las espadas está el paraíso». Cisneros descendía a su vez de antiguos paladines: los leones que en uno de sus escudos rampaban a la áurea torre recordaban que dos ascendientes suyos, tomando un baluarte de los moros, dieron la ciudad de Madrid al Rey don Rodrigo. La religión, en este caso, no podía en su sangre apagarle el pedernal de la llama: era el hombre del

Evangelio y cuentan que meditaba de preferencia la epístola a los corintios: «Si alguno no ama a Nuestro Señor sea excomulgado». Era el hombre de los Salmos y conocía la pintura del príncipe modelo: «Al levantarme por la mañana mi primer cuidado fué exterminar a los pecadores del país, para extirpar de la ciudad del Señor a los facinerosos». Y no imaginaba más grande pecador que el enemigo de su fe y de su patria, sobre todo si simulaba una conversión traicionándolas desde sus senos. Ayudando las predicaciones del noble Talavera, llegó a bautizar a cuatro mil moros en un día: el descontento entre los mahometanos de las esferas superiores se hizo sentir: Prescott ha acusado de la ruptura de los tratados a los españoles; pero Hefelé, respondiéndole, demuestra que los rompieron los moros. Cisneros, en el momento de la asonada, no quiso escapar del Albaicín; desafió el martirio y con su coraje dió timbres de honor a ese desagradable paso de su vida.

Hace cuatro años, señores, hubiese reeditado quizás la muletilla de la naturaleza de los tiempos; mas hoy resultaría inocente el uso de semejante literatura. Imaginemos, por ejemplo, que la Bélgica no pudiera echar a sus opresores de todas sus ciudades; imaginemos que dentro de cien años reconquistase a la última, Malinas, y que luteranos vueltos católicos o con carta de ciudadanía belga o francamente alemanes, conspiraran de nuevo contra el sentimiento de la nación; es posible que un ministro, nieto del

heroico Cardenal Mercier, no quisiese convertirlos, pero es seguro que cumpliendo con su deber intentase exterminarlos... Lo cierto es que Cisneros, nombrado Gran Inquisidor, se apartó del Papa Sixto IV, que después de haber concedido el tribunal lo desautorizaba; y a semejanza de Zurita y de todos los que entonces se llamaban «gentes de limpia sangre», lo aceptó como un instrumento de gobierno, más político que religioso, que al castigar a moros, judíos y a veces cristianos en nombre de la herejía, no buscaba sino la unidad y la seguridad del Estado. Largo sería aclarar el punto y referir cómo ha sido refutado en muchas partes el charlatanesco libro de Llorente; sólo diré que Cisneros mostró, en realidad, su magnánimo espíritu. Protegió a Talavera y a Lebrija; procesó a Lucero por sus desmanes; salvó a las víctimas inocentes de la intransigencia de Deza. Trató en vano de mitigar la cruel judicatura laica, haciéndola puramente religiosa y sometida a otro reglamento: pero pudo poner orden en los funcionarios, castigando hasta con la muerte a quien se permitiese cortejar a las reas; y formó una escuela encargada de ilustrar a los convertidos, para abrigarlos contra la tentación de las recaídas. Ese su anhelo de caridad, que fructifica en medio de sus más ásperas labores, va a adquirir en sus últimos años arranques de energía sobrehumana.

Por el testamento de la Reina Isabel, don Fernando debía ser el Regente hasta la mayoría de don Carlos, su nieto, en el caso de que doña Juana no pudiese

gobernar. Los nobles de España no lo entendieron así, encabezados por don Juan Manuel, embajador del Rey Católico en el Imperio de Maximiliano. Las Cortes de Toro declararon la incapacidad de la Reina; los nobles, apoyados por el Emperador, ofrecieron la Regencia a su hijo Felipe. Cisneros puso de parte del Rey su autoridad, su discreción, su diplomacia. Las tumultuosas piezas de aquel dramático ajedrez se movían desde Flandes y Viena, desde Francia y Nápoles, desde Aragón y Navarra, y el Arzobispo, confundido entre ellas, como si no tuviese mano, se antojaba movido por el viento. Mas su plenipotenciario Conchillos, siguiendo sus instrucciones, logra que doña Juana nombre Regente a su padre. Don Felipe intercepta la carta; la Princesa pierde sus servidores; y Conchillos medita en lo que cuestan ciertas habilidades, en el fondo de una cárcel. La alianza de Francia con don Felipe se realiza. El Rey de Aragón se siente débil: el Arzobispo de Toledo, nunca más fuerte. Las congojas, los desaciertos, las dificultades, no lo deprimen: son una fuente de fiebre que transfigura en soplo de inspiración, en órdenes, en combinaciones, en actos. La forma de su mandar, resulta una forma de esperanza; los hechos, como atraídos por el imán de su carácter, vienen dispuestos a modificarse y tomar el contorno de sus ideas. Se dirige a los emisarios del Emperador y del Archiduque como a seres inferiores. Llegan sin comer y les ordena presentarse, pues los hombres de Estado, en las graves ocasiones

ni comen ni duermen. Pronto se asustan de su tono, de su seguridad, de sus maneras: comprenden que el Prelado puede aprisionarles; se dicen que fué una falta la detención de Conchillos y un desmán la conducta con la Reina, y aconsejan a don Felipe que corra a Castilla. Éste discute, luego acepta; y el Rey de Aragón vence la hostilidad de Francia casándose con doña Germana, hermana del Rey Cristianísimo. Entonces, don Felipe decide firmar con su mujer y su suegro las provisiones, y así termina el conflicto. Breve tregua. Don Juan Manuel sugiere al Archiduque, que por las capitulaciones de Salamanca don Fernando gobernará solo: el Archiduque lo oye y evita el encontrarse con su suegro. En tanto, el séquito del Rey de Aragón se deshace: muchos gentileshombres lo adandonan; pocos, como el Duque de Alba y el Marqués de Denia, le quedan fieles.

Se reúnen al fin los Reyes en Puebla de Sanabria. Don Fernando saluda con palabras irónicas a los traidores de su Corte; Cisneros, en silencio, los cuenta y los estudia. Penetran los soberanos en una ermita. Don Juan Manuel va a asistir a la conferencia: el Arzobispo le toma afablemente por los brazos: «Somos particulares — le dice — dejemos hablar a los Príncipes». El favorito no se atreve a replicar: el monje cierra la puerta, y sentándose en un poyo, parece el guardián de la Monarquía. Sale don Fernando con la idea de partirse a Italia: renuncia a la Regencia para evitar la guerra civil; sólo guarda los Maestrazgos

de Castilla y las rentas de Granada, recomendando a su yerno que evite a los aduladores y que escuche a Cisneros.

El Arzobispo acata a su nuevo Rey. Y en medio de aquel colmenar de apetitos bastardos, entre extranjeros ambiciosos y nacionales rebeldes, no cambia de actitud. Simple fraile decidido a volverse a su celda, no teme nada: résuelto, libre, vigilante, robustece el trono, salva el principio español y combate la anarquía con la dignidad del hombre que sólo mira el bien del Estado. Si defiende al Rey contra los señores, apoya a los señores cuando reclaman lo justo; mas la muerte se presenta y transforma el escenario. A don Felipe se lo lleva una pleuresía. El Arzobispo aconseja a don Fernando quitar a la Reina el gobierno: el padre, en nombre de naturales sentimientos, se niega. Entonces los nobles, temiendo la vuelta del Príncipe que han ofendido, piensan en el Rey de Portugal o en el Emperador Maximiliano. Cisneros sabe que en Italia está la solución, adivina a sus adversarios, acepta presidir un consejo y su figura adquiere los contornos de un héroe de Shakespeare. Lucha el formidable ministro con una loca y con las ambiciones más locas de los cortesanos. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, peregrina hacia Granada el guardián de la Monarquía, entre esa Reina loca y un soberano muerto. Duerme el séquito de día y se levanta de noche: como entre la inseguridad de los acontecimientos, viajan a la luz

incierto de las antorchas, porque la demente llama a su muerto su sol y no quiere que el de los cielos se lo eclipse. Ni los armiños ni las piedras preciosas con que han vestido el cuerpo, evitan la podredumbre del cadáver; y el anciano no se impacienta, y en su alma férrea, inaccesible a las pasiones, le pone quizás el amor de la infeliz lo que una rosa estrujada en el guante puede dejar de perfume a la armadura. La Princesa, en ciertas ocasiones se libera del torturante espectro de sus abuelos, y muestra, como en los felices años de su infancia, el claro sentido de su madre. A la inversa de la pitonisa de Delfos, que respondía en los accesos de su alucinación, ella esclarece con los momentáneos acentos de su piadosa serenidad. Cisneros pide ardientemente al cielo, que florezca un instante de esa luz; es oído, y le pregunta que quién ha de mandar en Castilla: ¿Maximiliano su suegro o don Fernando su padre?... La Princesa dice que su padre, pues encontrándose muy mala necesita de recogimiento y no podrá regir a hombres que le son superiores... El Arzobispo le ruega que escriba a Italia y llame al soberano; la triste vuelve a su dramática inquietud y se pone a cantar humildemente, deseando que todos veneren el cuerpo de su difunto y recen por su alma... Y ni aun asimismo volvía a España el Rey Católico envuelto en aquella trama de Venecia, de Luis XII, de Julio II, del Emperador, de Inglaterra, de los suizos, de Ferrara, de Bolonia; compuesta y descompuesta por

un invisible genio que tuviese las manos de una Penélope y la mente de un Maquiavelo. El Ministro luchaba en tanto con el Duque de Nájera y el Marqués de Villena, que no reconocían al Regente; y luchaba con las pestes que asolaban los campos y las ciudades. La Reina no se detenía ya en las grandes poblaciones, porque una viuda debía evitar todo alegre movimiento; y el Arzobispo, desde la aldehuela de Hornillos asistió a los motines de Córdoba, Uceda, Toledo, Madrid, y no poca parte del Reino de Granada. Así marchaba, azotado por ráfagas de calamidades y tumultos sangrientos, a que se mezclaban las rebeliones eclesiásticas con Bernardino de Mendoza a la cabeza; las rebeliones de los tribunales de justicia promovidas por los de Córdoba; el grito del Marqués de Priego poniendo en libertad a los procesados del Gran Inquisidor, Arzobispo de Sevilla... El taciturno peregrino se reconcentra eficaz y se desata irresistible; sus previsiones llevan a las Españas el rugido del león paralizante; y en medio de la borrasca, realiza la imagen del hombre del Génesis; la mano levantada contra todo el mundo y contra quien las manos de todos se levantan: *manus cujus contra homes et manus omniam contra eum*. Al llegar don Fernando, los nobles acuden a desagraviarle; el Duque de Nájera cae vencido; don Juan Manuel huye a la Corte de Maximiliano; y doña Juana recibe amorosamente a su padre.

El Rey trae a su prelado el cargo de Inquisidor Ge-

neral y el capelo cardenalicio. El promovido no puede trasladarse a Roma y asistir al Consistorio. Lo invisten entonces en el pueblecillo de Mahamud con objeto de alejar de la Reina enlutada el rumor de una fiesta. Pero pocas veces aquella púrpura, símbolo de que un cardenal debe por Cristo hasta verter su sangre, revistió un aire de más imponente majestad, yendo de un Julio II a un Francisco de Cisneros, como una nube con el fuego del sol de torre a torre. Y el Papa Rovere después de su triunfo de Bolonia, había hecho predicar la cruzada por Egidio de Viterbo; y Cisneros en Roma había asistido a los esfuerzos de Paulo II, por aliarse a Usanhassan que era el mejor medio de combatir a los turcos; y él mismo, con los sentimientos de esos Pontífices heredados de los Calixtos y los Píos, intentó una liga con Inglaterra y Portugal fracasada entre otros premiosos asuntos. Entonces, para sofrenar las correrías de los corsarios que espantaban a las gentes, y para libertar a los cautivos cristianos víctimas de tales desmanes, y para convertir a los infieles ofensores, se decidió a la expedición berberisca. Don Diego Fernández de Córdoba había tomado la ciudad de Mazalquivir, sin atreverse por su poca tropa al ataque de Orán. Don Fernando estaba en Nápoles y Cisneros se debatía con los nobles de España, cuando el capitán sorprendido perdió su ejército y apenas pudo salvar la vida. Al volver el Rey, Cisneros le explicó cómo la toma de Orán acabaría con los corsarios, y cómo en África podían fundarse

prósperas colonias por las afinidades de los españoles con aquellas gentes. Las consideraciones de su proposición encerraban así un pensamiento político de transcendencia. Para ello era necesario poner a Orán y a Mers-el-Kebir bajo un solo gobierno; establecer un estatuto reglamentando la tierra y no olvidar el apostolado entre los infieles: como Judas Macabeo combatió a los del Alcázar mientras los sacerdotes purificaban el templo, él haría fortificar la conquista por los caballeros de Santiago, que resultarían en África lo que los Hospitalarios en Rodas. Ofreció, además, correr con los gastos, y el Rey tuvo que inclinarse. El Consejo de nobles protestó irónico. «Es curioso, decían, que el Gran Capitán se lo pase rezando rosarios y que el Cardenal Cisneros dirija expediciones». Precisamente porque por celos no se daba el mando a don Gonzalo, que a su vez había dado a su buen amigo tantos consejos, el Arzobispo se decidía a marchar con la secreta esperanza de sacrificarse en tierra de moros. El Rey eligió al Conde de Oliveto, don Pedro Navarro, magnífico soldado en los campos de batalla, pero en la paz ambicioso, intrigante y díscolo. Se leen hoy con curiosidad las cartas de fray Francisco al venerable López de Ayala, canónigo de la Catedral de Toledo. A través de las recomendaciones que le encarece, de las comisiones que le encarga y de las tribulaciones que le cuenta, se mueve todo un mundo de legionarios, de proveedores, de capitanes, con la rebelión en los actos, la concupiscencia

en el alma y la mentira en la boca. El desventurado hombre se antoja un elemento que, lleno de fuerza, no puede determinar las nubes a congregarse; y a quien antes de formar la tormenta, se le van los vapores de las manos, obedeciendo a la ambición de sus caprichos. Se piensa cómo transformaría aquel miraje engañoso, en viviente realidad, si él fuera el Rey y no temiera del mismo Rey el abandono. Cuenta entre sus caballeros, dechados de paladines: los Condes Altamira, los Pedro Arias, que se antojan a un tiempo mieses de acero y estatuas de piedra, como si sus vidas y sus muertes mezclasen ya los campos de las batallas y las tumbas de las catedrales. Y estos varones no sacados de los romances heroicos, sino romances ellos mismos que honran a su raza, se codean con otros temibles de paciencia corta y diente largo, capaces con todo de un oportuno desmán en nombre de una iracunda justicia. Así, Villarroel, el Adelantado de Cazorla, que al descubrir la doblez de Vianello supo tenderlo por tierra de un solo hachazo... La salida tan anhelada, llegó al fin: pagóse a la tropa, pues la idea de pagarla en África había desatado el tumulto. Prestó juramento de sumisión Navarro y la escuadra levó anclas: la veían alejarse no sólo los hijos de Cartagena sino muchas procesiones de otras ciudades, y las mujeres de los cruzados que se procuraban grandes limosnas. Una vez en su galera, el Cardenal impartió órdenes y proclamas bélicas. Su precisión y su saber admiraron a los

aguerridos capitanes. Renacían en el francisco, ya lo hemos recordado, abuelos guerreros que inflamaban el instinto dormido de su sangre. Y a esa voz misteriosa, juntábase la voz de toda España. La cruz de argento, insignia del Primado, que llevaba en su alcázar, la enaltecieron los Reyes Católicos en el palacio de Granada: el Cardenal Mendoza fué quien la clavó en la Torre de la Vela, junto al pendón real, y por testamento había pedido a sus sucesores que nunca la dejaran en sus empresas. Sufriendo sin descanso del mar y enflaquecido hasta transparentarse, la enorme responsabilidad no le amedrentaba: por sus miembros áridos como de leña seca, pasaba el soplo que ponía en sus labios un grito armipotente: «Yo lo puedo todo en aquel que me conforta». Sus marineros empezaban a decirse que tenía poder sobre los aires. Iba la Armada con próspero viento: el maestro de Caçalla recordó que San Agustín le llamaba espíritu; y que tan blando hinchaba los trapos, que sin duda «con la voluntad de Dios era conmovido.»

El ejército se regocijaba, murmurando grave o risueño: «El fraile lleva el viento en las mangas»; y el día 17 de mayo, día de la Ascensión, avistaron, a la caída de la tarde, el puerto de Mazalquivir. Imposible parecía el abordaje: la flota pasó por la angostura. Los moros se espantaron de la osadía; y sus hogueras, ardiendo en los fastigios, comunicaron a los horizontes la señal de alarma. En el alma del

hombre del Evangelio cantó el introito del día: «Varones de Galilea, ¿por qué llenos de admiración estáis mirando al cielo?». La nube fulgureciente que envolvió el cuerpo de Jesús no parecía evocada por los humos de los ángaros, sino por el espiritual incienso del corazón de su huésped. En el alma del hombre de los Salmos cantó la voz profética: «Vibrarán espadas de dos filos para ejecutar la divina venganza y castigar a los pueblos impíos». Y su mano señaló el fuego de las señales, en que la sangre del martirio adquiriría un resplandor de apoteosis. Su palabra entonces enardeció a los soldados: todos anhelaban sacudir la inacción y correr a los combates. Proclama al Conde como jefe: en su carácter de sacerdote se ocupará de pertrechar a las tropas y de ayudarlas con sus oraciones. Mas cuando ve que no se desembarca la caballería, se irrita, se transforma, se agiganta y ordena. Conoce la eminencia que se debe atacar; indica los atajos y las quebradas; lleva el plano que le enseñó Vianello estampado en la memoria; y debido a esa previsión, el ejército después triunfa. Mientras pone el pie en tierra africana, mira una cruz insólita que se han olvidado de destruir los infieles. Para él, es el signo misterioso de la victoria: se sorprende, la saluda y se inclina: Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. Su capa pontifical cubre la mula que lo transporta: el hercúleo fray Fernando lleva en las manos el simbólico recuerdo de la Alhambra, pero también al cinto el acero del combatiente. Religiosos y cleri-

zontes entonan el *Vexilla Regis prodeunt*, de Theodulpho; el ejército se divide en escuadras de combate. El Cardenal, desde un collado, arenga: habla de los dolores, de las angustias, de los martirios, de los infelices sepultados en las mazmorras; habla de la gloria de Dios y de la gloria de España. ¿Dónde podrá hallarse júbilo mayor que dejar la vida en la santa empresa?

Arrebatado por su entusiasmo, corre al frente: los capitanes lo llaman; el ejército protesta; comprenden que en no exponer su persona está la verdadera salvación. Penetra entonces en una ermita dedicada a los arcángeles y formula su plegaria, mientras la tarde progresa y el ejército no avanza. Cisneros, airado, abandona la oración cual si de una nube de éxtasis trajese un rayo de exterminio. El capitán Navarro baja la cabeza, se disculpa y acomete. La lucha se hace terrible, el triunfo incierto, la empresa loca. Él no levanta como Moisés ante los amalecitas su vara, sino sus pálidas manos, mezclando a una humildad de humo una vehemencia de fuego; de manera, que dice un testigo ocular: «rezando peleaba más que todos». ¿Únicamente obraba como un iluminado, y en virtud de su sola fiebre mandaba su ejército al sacrificio? Su ardor impetuoso, aquí como siempre, partía de una prudencia analizada. Si contra la opinión de sus capitanes desembarcó la caballería, es porque sabe que con ella más allá de los molinos cortará a los moros derrotados entre las huertas y los baluartes. Si quiere

que la tropa avance, es porque secretamente un militar cautivo le ha comunicado que el Rey de Tremecen acude. Y si reza con tanto ardimiento es porque el ejército afronta un mal terrible que conoce, por evitar otro mayor que ignora. En torno de una fuente se libran desahorados combates. La sed del agua, más poderosa que la de la sangre, hace correr la sangre con ira. Los moros matan al caudillo Contreras, creyéndolo el alfaquí de los cristianos. Se eleva un clamor de gozo; corre hacia las escarpas; penetra en la ciudad: los reclusos de las mazmorras lloran a Cisneros. Mas oyen un nuevo tumulto: niños y mujeres agitan una cabeza; los cautivos se acercan a los barrotes; no reconocen al Cardenal y cantan alegres. En tanto, los españoles han tomado la fuente. Los moros huyen; la persecución empieza; y tan rápida cierra la algara, que los soldados van sin concierto y sin jefes cual si llamasen, opina un combatiente, « a Dios e Santiago por capitán ». Entre un trigal y las torres, se asienta la artillería. Los jinetes cortan el desbande. Las órdenes de Cisneros, que tenían la virtud de una inquebrantable esperanza, se convierten en una realidad invencible. Las culebrinas de las naves logran desmontar los cañones de las almenas. Los españoles, que se apoderan de las puertas, prosiguen la lidia en las calles. Las picas y los hombres forman puentes y saltan a los terrados; las mismas picas forman escalas y conquistan los muros; porque, como asegura Caçalla, palpitante de fe: « Tanto espíritu del

Señor descindió en sus xpanos, que todo el mundo no bastaba pa lo resistir a aquella hora ». Había dentro miles de hombres de buen recaudo; así el choque fué tremendo y la matanza « cosa increyble a quien no lo vió y al que lo vió cosa ynefable ». En la torre del Alcázar, el capitán Sosa plantó el estandarte real al grito de « Santiago y Cisneros ». Y sobre todos los muros de la ciudad « blanca como una paloma » flotaron las banderas de fuego y oro. Desde las cúspides se dieron cuenta, según el cronista, que Orán era dos veces más grande que Guadalajara y un paraíso de huertas y más fuerte que Toledo, y « bendito sea el Señor Dios nuestro — exclama al fin — que enseñó las manos de nuestro Prelado para la guerra y sus dedos a la batalla ». Cuenta Jerónimo Illán, que se encontraron grandes y ricas joyas, entre las mil tiendas de especieros, que maravillaban a los soldados no acostumbrados a ver tantas en las Castillas. Se purificaron las dos más hermosas mezquitas; y el Cardenal entonó el *Tedéum*, mientras sentía emocionado el canto de las campanas substituyéndose en los alminares al grito de los muecines.

El triunfador tuvo que precipitar su vuelta después de mil desagradados con Navarro, y de interceptar una carta malévola del Rey; pero antes de embarcarse dispuesto a no guardar como botín sino las llaves de Orán, comunicó instrucciones a los militares de la guarnición; aconsejó a los religiosos que debían convertir a los infieles; fundó el Hospital de San

Bernardino, y escribió a España: «Aquí no hay más que decir sino que demos todos muchas gracias a Nuestro Señor por la mucha victoria que plugo a su clemencia de nos dar en esto de Orán que cierto ha sido más por misterio que por fuerza de armas.»

Instalado en su diócesis no dejó ver su resentimiento, si lo tenía, y en un digno silencio se ocupó de enriquecer la Biblioteca de Alcalá. Y ya defendía a Erasmo, muy combatido a propósito de su edición de los *Evangelios*, como amonestaba a Lebrija por su fábula satírica contra las enmiendas del calendario Juliano, como alejando de su austeridad todo rumor de homenaje público, se repetía uno de aquellos salmos que eran médula de su alma y consuelo de sus congojas: «Señor, no se ha engraido mi corazón ni se han ensoberbecido mis ojos.»

Poco duró la ingratitud del Rey, obligado por la necesidad al afecto. La derrota de los Gelbes lo determinó a partirse a África. Llamó a Sevilla al Arzobispo; quería valerse de sus consejos. Obedeció Cisneros, y según refieren los autores, una tarde en que pasaba no al parecer agobiado por los años, sino apoyándose en ellos como en una majestad, se lo señaló al Infante: «Miradle bien, hijo mío, y haced siempre cuánto el Cardenal os diga». Mas el Rey de Francia y el Concilio herético de Pisa proyectaban destronar a Julio II; don Fernando entró en la Santa Liga, no se embarcó para el África y entonces, por una combinación diplomática y por una campaña de

guerra, incorporó el reino de Navarra a la Corona de Castilla. Aquel acto, en que le secundaron los Duques de Nájera y de Alba fué, en realidad, el último grande de su gloriosa carrera. Cuando se le enterró en Granada, al lado de doña Isabel, el Cardenal acudió a Guadalupe donde debía abrirse el testamento.

El Rey había comprendido que su hijo Fernando no soportaría la carga de la Regencia, y que confiársela a Cisneros significaba salvar el Reino. El testamento de Doña Isabel nombraba Rey de Castilla a su nieto Carlos, que no podía coronarse porque vivía su madre doña Juana. El Archiduque, a su vez, desde las Flandes, había nombrado Regente a Adriano, Deán de Lovaina, que se encontraba en España. Los nobles, considerando que el Rey de Aragón no había sido sino Regente, le negaban el derecho de substituirse y ansiaban investir al Infante. El Cardenal hizo comprender al príncipe, que debía respetar la voluntad paterna y no convertirse en base de ambiciones delictuosas. El Consejo se reunió: Cisneros dejó lucir a cada uno las argucias de su casuística, y cerró así los debates: «quien quite ahora al Rey su título de Rey, no es y no será sino un rebelde». Y añadiendo, como siempre, la acción a la palabra, lo mandó proclamar al siguiente día. El Corregidor Pedro Correa alzó los pendones reales, lo siguió toda Castilla, y las provisiones se expidieron en nombre de doña Juana y de don Carlos. De aquí en

adelante no sólo le darán guerra las gentes revueltas en España sino los flamencos, que anhelaban vivir de la nación y que veían en su carácter su verdadero enemigo. El Regente midió la magnitud de la lucha y creó, con golpe de vista admirable, una milicia nueva que es como un principio de los ejércitos modernos. En vez de levadas adventicias, ordenó cuerpos permanentes. Sin abandonar sus labores, muchos hombres en todas las ciudades aprendían el arte militar, siempre prestos a ponerse bajo banderas en pago de especiales privilegios. Los nobles se rebelaron; el Conde de Benavente revolucionó a Valladolid contra la pragmática; había comprendido que aquel sistema trucidaba los últimos restos del feudalismo. El Cardenal no oyó desde entonces más que a su conciencia, que los años habían realmente transformado en una forma infalible de justicia. Si sofocaba los motines de los Medinaceli, de los Girones, de los Infantados, los favorecía cuando la intromisión flamenca atacaba sus derechos; así salvó al Almirante de Castilla en Málaga, enfrenando a Chievres y a sus ministros. Y como parecía que todo gobierno suyo debía coincidir con todas las tempestades, se le levanta el Reino de Navarra hasta el punto de verse en el caso de arrasar sus fortalezas. El corsario Barbarroja redobla sus batidas en el Mediterráneo: Cisneros, que ha tenido siempre la preocupación de su flota, lo vence en Alicante. Con el pretexto de un correo atacado en Cartagena, los ge-

noveses cierran contra los españoles; el inflexible monje manda por edicto echar a los genoveses y confiscarles los bienes: la República pide a don Carlos que les presenten excusas devolviéndoles lo confiscado; él responde que no engañarán a su señor y que no obtendrán ni un maravedí mientras no dejen sus acuerdos con la Sicilia. Adriano y La Chaux, sus corregentes, le dirigen despachos ya firmados para que los firme como tercera persona; pero los rompe y extiende nuevos, que sin más firma que la suya envía a los designados. El partido de Chievres aúlla colérico: él contesta a los conciliábulos de aquellos zorros con su magnífico desprecio de piel de tigre. Y también destruye las combinaciones de otros intrigantes: los secuaces de la Regencia del Emperador Maximiliano, los parciales del Conde Palatino, los partidarios del Canciller Sauvage. Y también se irrupcionan las ciudades contra los flamencos que venden los oficios a gente indigna para procurarse dinero; el Cardenal las aquieta convocándoles las Cortes. Y no es esto todo. También protesta el clero por el excesivo tributo que pide el Papa, envuelto en la cruzada de Selim: el Primado responde que ahora no les falta razón, y con las economías de sus rentas concluye el pleito. También se amotinan el Duque del Infantado, el Conde de Ureña, el Duque de Alba, los tres señores más poderosos de España: no respetan en sus pleitos a los tribunales, atacan a los jueces y corren a las armas. Cis-

neros, con sus milicias, los derrota: puede como Inquisidor, encarcelarlos por haber faltado a la fe; puede como Regente, ejecutarles por haber desconocido al Rey; pero los perdona, creyéndolos bastante castigados al romperles las espuelas con sus sandalias.

Al fin, el Archiduque, se decidió a socorrer las fatigas de su ministro de ochenta y dos años: se hizo a la vela, y Cisneros salió de Madrid para encontrarle. Como pernoctara en el lugar de Borguesillas, se le presentó un monje inquieto: en una encrucijada de la selva un jinete enmascarado le había dicho: «Id, corred, y que el Cardenal no coma esta noche». Cisneros, que había concluido su refacción, repuso: «Nuestro Señor envía la salud o la enfermedad y dispondrá lo conveniente». El veneno estaba quizás en una trucha, que enfermó también a su criado. Los flamencos, según se supone, habían hecho anteriores tentativas; en realidad, Pedro Mártir y Carvajal que comentan todo, sobre este particular enmudecen; pero envenenado o no envenenado, a partir de aquel momento cayó de tanta gravedad, que tuvo que encerrarse en el convento de Aguilera. La noticia cundió por España; voló por el África; el desorden sintió como un alivio y la anarquía dió un salto de contento; Barbarroja marchó sobre Orán, los moros invadieron a Granada, y Pedro de Girón se apoderó de Medina Sidonia. Mas semejante a una hoguera moribunda que recibe un golpe de viento y llamea en un último estallido,

pudo aún el temible viejo acabar con los rebeldes, los invasores y el corsario. Y al saber que el soberano había desembarcado en Villaviciosa se puso de pie, y era la fiesta de San Francisco, a quien agradecía tras de tanta angustia tanto júbilo. Entonces Chievres, el Canciller Sauvage y los flamencos sabiendo que sus días estaban contados, decidieron impedir la entrevista. Don Carlos no quiso oírlos y pasar al Aragón, pero se dirigió a Tordesillas a visitar a su madre. Sus consejeros le mostraron que corría un gran peligro si se dejaba dominar por el Cardenal; y bajo la influencia del Obispo Mota, le escribió dándole los gracias por sus servicios y pidiéndole que, con objeto de cuidarse, se fuese para siempre a su diócesis de Toledo. Según Carvajal, aquella ingratitude le aumentó la fiebre; mas la pena no le transformó el carácter. Algunos días antes había aconsejado al Rey que no celebrase las Cortes en Valladolid; le había prevenido de lo que, como extranjero, podía perjudicarle en España; le había indicado la conducta a seguir con el Infante don Fernando; y poniéndole al corriente de las cosas del África, se definía una vez más como monje identificándose con la Iglesia, como Ministro identificándose con el Estado. Aquella página era el último estremecimiento de la mano viril que entregaba al futuro Carlos V la nave de los Reyes Católicos, carenada, altiva, poderosa, navegando en todo su esplendor, hasta con nuevos mundos bajo nuevos astros. Y aun después de la triste carta del Príncipe, le quiso

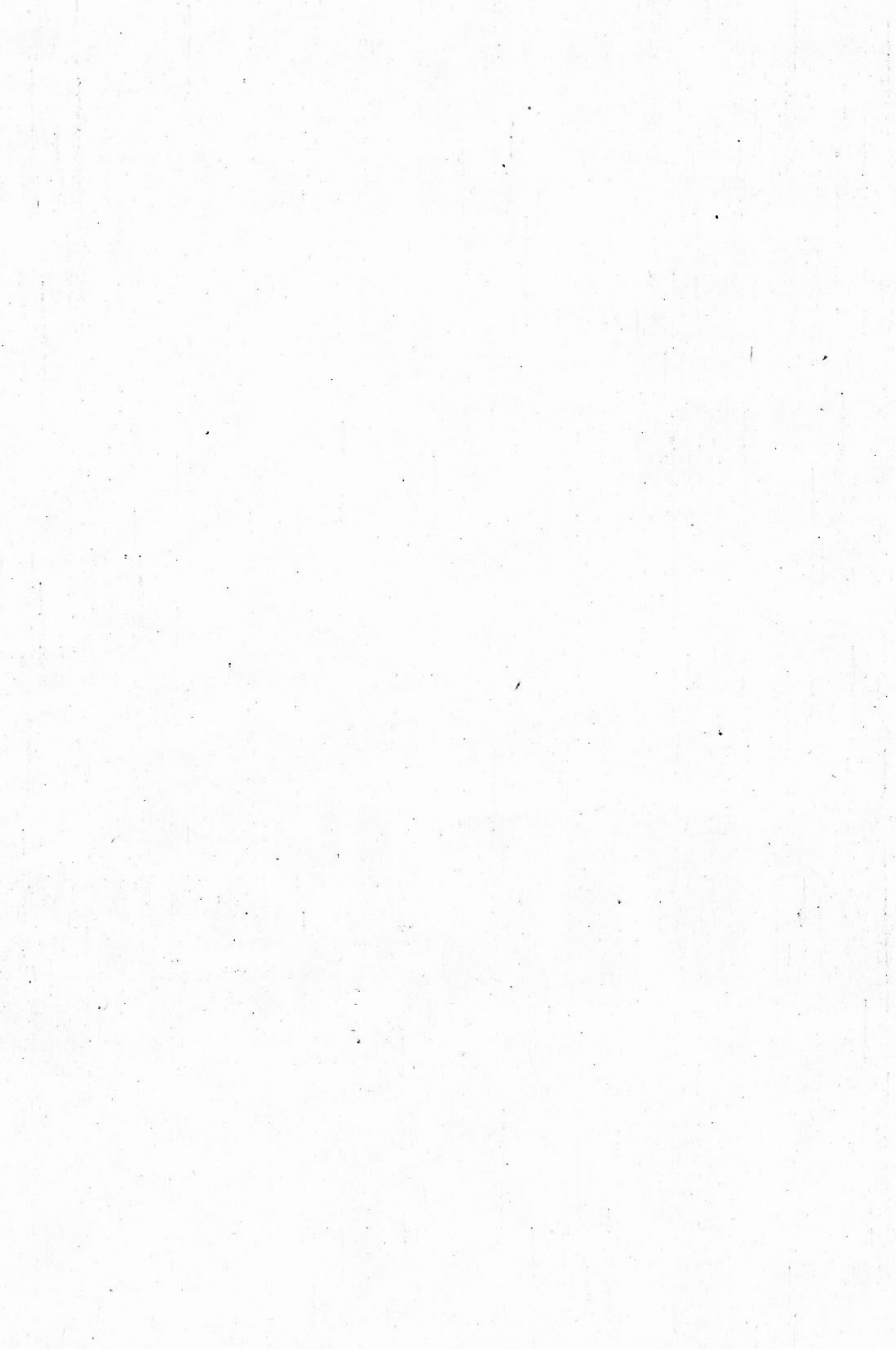
escribir recomendándole sus colegios de Henares: paralizado ya en el lecho, no pudo estampar la firma. Recibió humildemente los últimos Sacramentos; consoló a sus leales y proclamó sus culpas, añadiendo, que a sabiendas nunca había hecho daños y que había distribuido la justicia sin llevarse ni del amor ni del odio. Poco a poco su palidez demacrada fué transformándose en serenidad extática. Poco a poco sus servidores comprendieron que a nadie podía aplicársele mejor el hermoso decir antiguo: «Su existencia nos será conocida por su última hora». ¿Se paseaba en aquel instante conversando con su amigo Lebrija por los claustros de su Universidad de Alcalá? ¿Contemplaba el asalto de las torres de Orán, y al grito de: «Cisneros y Santiago», veía erguirse sus pendones entre el incendio de los combates y las hogueras del crepúsculo? ¿Bendecía al Gran Capitán y a su ejército en Ocaña? ¿Escuchaba los consejos de doña Marina absorto en el jardín de su infancia, o le estremecía doña Isabel en la Corte, proclamándole Arzobispo de Toledo?... Iba, en realidad por una senda que evocaba el camino del Castañar; y el hermano Pedro le hablaba de la fortuna de Colón, y él lo rechazaba cual si quisiera tentarle. Y la voz del hermano Pedro adquirió un divino acento, y en sus manos resplandecieron los estigmas de la Cruz, y fray Francisco quiso arrodillarse ante su Patrón Seráfico. «Hermano, hermano mío», le decía la voz de Asís con los ritmos de la pradera de Perusa: «no

sólo está el gozo perfecto en llegar a Santa María de los Ángeles como un desvalido monje que desconoce el portero, y en sufrir por Jesús, y en hallar contentos en esas penas. Ser poderoso, brindar a un hermano de su sangre sus beneficios y sentirse entre sus garras un nuevo Abel, eso es también el gozo perfecto. Hermosear iglesias, levantar templos, construir hospitales, instituir colegios, y verse acusado por los de su Capítulo y perseguido por sus fieles, eso es también el gozo perfecto. Haber vivido noches de insomnio y días de tortura por conquistar el África, y recibir como premio de su Rey la pérdida del Primado, eso es también el gozo perfecto. Haber salvado un trono para entregárselo a su príncipe, y leer en hipócritas palabras los disfraces de un retiro, eso es también el gozo perfecto. Y quien sintió ese gozo sin vanidad humana y sin otro orgullo que la cruz de Nuestro Señor, merece hosannas por los siglos de los siglos». El hombre del Evangelio alzó las manos a la visión desvanecida: «Alabemos al Padre — pensó — que hace nacer el sol sobre los buenos y los malos»; el hombre de los Salmos, volviéndolas a su pecho, dijo en voz alta: «En Ti, ¡oh! mi Señor, esperé siempre»; y luego, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

El silencio de su cadáver se tendió por toda España, y pasado el momento de estupor lo desgarró un sollozo. Era el grito de los mendicantes con el coro de los huérfanos, de las viudas, de los dolien-

tes; mientras los príncipes proclamaban que el espíritu de un monje se había levantado con vuelo regio. Y la multitud no respetó su testamento y se le celebraron pomposos funerales; y la posteridad no recordó su amor por las humildes tumbas y se le edificó un mausoleo. Pero su sombra, irritada, pudo dormirse tranquila. Nadie ignoraba que ante la estatua del Cardenal, rígida entre las Virtudes, augusta sobre las Cariátides, un monje ascético, en los vidrios, transformaba su sayal de matiz en plegaria de lumbre. La España no rezó por su alma, con la seguridad de que ella rezaba por España; y el rayo de sol que moría en los mármoles de su sepulcro hallaba así también el gozo perfecto, porque al transparentar su figura mística había encontrado el gozo de lo Infinito!

---



- 11.836 -

*11.836-19*

ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

---

EL CARDENAL  
Jiménez de Cisneros

CONFERENCIA LEÍDA EN EL COLEGIO DEL SALVADOR  
el 11 de Noviembre de 1917.



BUENOS AIRES

---